



P. Jesús Planillo Barros O.A.R.

CAPILLA DEL CONVENTO DE Santa María de Jesús de Huécija

Antonio Jesús Saldaña Martínez
ESTUDIANTE DE TEOLOGÍA



Mons. González Montes, Obispo de Almería, firma el doce de septiembre de 2009 en la sacristía de Alhama el acta de toma de posesión del nuevo administrador parroquial de Huécija. Fotografía: Archivo Provincia de San Nicolás de Tolentino O.A.R.

LUGAR DE FE: CENTRO ESPIRITUAL DE LA TAHA DE MARCHENA

*«¡Oh hermosas piedras bien labradas,
prueba tras prueba, golpe a golpe!
¡Cómo se ajustan en sus puestos
bajo la mano del artífice,
y permanecen duraderas
en los sagrados edificios!»*

(II Himno del Oficio de Lecturas en la Dedicación de una Iglesia)

La restauración de la antigua Capilla del Convento de Santa María de Jesús de Huécija va a permitir que podamos admirar, como lo hicieron durante siglos nuestros antepasados, la belleza de la fe cristiana encarnada en el arte. Muchos son los estudios técnicos realizados para recuperar este espacio sacro, con multitud de detalles señalados por profesionales autorizados¹ que han colaborado en la tarea restauradora. Todos estos ojos se han fijado, como no podía ser de otro modo, en los aspectos físicos que componen todo el recinto. No busco, ni mucho menos, emular a estos expertos ya que mi pretensión es distinta. Voy a intentar ir más allá de los metros restaurados. Una Capilla, y más siendo conventual, no puede reducirse a un edificio. Nos adentramos, no en un templo, sino en una historia de vida a la que las alas de la fe, razón de su ser, conectan con lo sobrenatural.

No puede abordarse de otro modo cuando se habla del centro espiritual y cultural de la Taha de Marchena durante más de tres siglos. Este fue el objetivo de doña Teresa, su inolvidable y santa fundadora, que pretendió erigir en su señorío un centro sagrado que irradiase la fe cristiana a musulmanes y cristianos en un tiempo de crisis y profundos cambios que afectaban a unos y otros. A este lugar miraban en busca de esperanza y guía nuestros ancestros, venidos de otras zonas de la geografía patria en busca de un futuro mejor. El Convento agustino era foco de las vocaciones y las capellanías, mandas y memoriales de toda la comarca. Tampoco debe olvidarse que la Capilla era el centro físico y afectivo de una comunidad de frailes que, en el carisma agustino, entregaron su vida entera a la vivencia de los consejos evangélicos.

Hoy gracias al convenio del Obispado, su legítimo y único propietario² tras la desamortización, con las administraciones públicas puede recuperarse una Capilla cuya historia quedó suspensa y que aguarda volver a incorporarse a la vida de esta comarca. Además, ha coincidido su restauración con el regreso de los hijos de San Agustín a estas tierras, tras ciento setenta y cuatro años de involuntaria ausencia³.

Hoy gracias al convenio del Obispado con las administraciones públicas puede recuperarse una Capilla cuya historia quedó suspensa y que aguarda volver a incorporarse a la vida de esta comarca, ha coincidido su restauración con el regreso de los hijos de San Agustín a estas tierras, tras ciento setenta y cuatro años de involuntaria ausencia.

LUGAR DE MEMORIA: UN RECUERDO LEJANO

*«Sacude con presteza
del leve corazón el grave sueño
y la tibia pereza,
que con razón desdeño,
y al ejercicio aspira que te enseñe.»*

(Fray Luis de León)

Al hablar con cualquier huecijero es inevitable no abordar el tema del Convento, presente, al igual que el blasón de los Cárdenas, en su propio escudo. Orgullo de sus habitantes, su imponente efigie nos recibe al adentrarnos en el pueblo y sus campanas los llaman a la Santa Misa y les comunican los fallecimientos, ya que la Iglesia parroquial carece de campanario. Si bien es fácil que ponderen la grandeza de su Convento de los Agustinos, es difícil buscar en su memoria colectiva alguna concreción del pasado.

Rastreando, podemos encontrar algunos recuerdos. Del paso de los agustinos da testimonio una imagencita reciente de San Agustín venerada en el templo parroquial. El corazón que porta, signo de la Orden, es el mismo que puede contemplarse en los clavos de las puer-



De las antiguas devociones conventuales, la única recuperada ha sido a Santa Mónica en Alhama. Fotografía: Francisco Abel Saldaña Martínez.

Del paso de los agustinos da testimonio una imagencita reciente de San Agustín venerada en el templo parroquial. El corazón que porta, es el mismo que puede contemplarse en los clavos de las puertas de la Capilla.

tas de la Capilla. El Obispo de Hipona es cuanto queda de la feria que se celebraba en su honor durante ocho días en agosto, la más grande de la provincia y que los frailes mimaron durante siglos.

Ya que no puede hablarse de un hijo sin aludir a su madre, es obligado hablar de la amantísima madre de San Agustín: Santa Mónica. Ambos iniciaron la aventura de la vida comunitaria y no faltan en ninguna casa agustina. Con motivo de la bendición de su nueva imagen en Alhama⁴ apareció una oración transmitida oralmente de la Santa que, por su arcaísmo, había que situar al menos dos siglos atrás. Además pudo comprobarse que provenía de huecijeros.

Otras devociones propias del Convento, perdidas ya en el pueblo, son: a Ntra. Sra. de Regla⁵, primera titular de la Capilla y estrechamente ligada a la Orden Agustina en España; a Ntra. Sra. del Rosario, también presente en Alhama; san Amador, obispo de Auxerre del s. V; san Cecilio, primer obispo legendario de Granada; el Santo Cristo de Cabrilla o de Burgos, devoción genuinamente agustina y a san Nicolás de Tolentino, primer santo de la Orden que murió en el s. XIV⁶. La devoción que en Alhama se tributaba a santo Tomás de Villanueva⁷, arzobispo agustino, debe conectarse también con la influencia ejercida desde este Convento.

Fray Luis de León durante su destierro permaneció unà temporada en la comunidad del Andarax.

LUGAR DE MISIÓN: SIERVA DE DIOS DOÑA TERESA ENRÍQUEZ DE ALVARADO

*«Por su amor y rendimiento
que tuviera su alma presa
se llamó a doña Teresa
la Loca del Sacramento
¡Su alma volaba en pos
de la luz y la alegría,
en pos de la Eucaristía:
que es locura de un Dios!»*

(José María Pemán)

Me parece que, con inexplicable frecuencia, ha pasado desapercibido una y otra vez el nombre de doña Teresa Enríquez de Alvarado⁸, fundadora del Convento y l Señora de la Taha de Marchena. Oculta por la sombra omnívoda de su poderoso esposo, don Gutierre de Cárdenas¹⁰, o desdeñada por ciertos historiadores que, en vez de cumplir con su misión científica, prefieren continuar la injustificada leyenda negra que rodea al personaje junto a toda la Corte de los Reyes Católicos.

Constituye esta noble dama un personaje de primera relevancia dentro del brillante grupo de mujeres que, en torno a la gloriosa reina doña Isabel, desarrollaron impresionantes trayectorias con aires nuevos en la religión, la política y la cultura de la Iglesia y la España de finales del s. XV.

No debemos olvidar tampoco, aunque sea un episodio menos edificante, la figura legendaria del Pá Palomo. Habitual en nuestro vocabulario, especialmente como denigración de los huecijeros, parece ser que se trataba de un fraile muy conocido no por su amor a los asuntos de Dios, sino a los asuntos femeninos. No pocas batallas de pedradas infantiles han librado huecijeros contra alhameños al ser acusados como descendientes de este singular religioso. Como siempre, el fallo de la minoría tiene más eco que la virtud de la mayoría.

Aunque ausente de la memoria común no quiero dejar de mencionar un dato aportado por José Hernando Salvador en su historia huecijera. Al rememorar las glorias conventuales no duda en afirmar que Fray Luis de León durante su destierro permaneció una temporada⁸ en la comunidad del Andarax.



Junto con su marido, doña Teresa fundó la Capilla de la Virgen de la Antigua en la S. I. Catedral Primada de Toledo, donde aparece su efigie bajo la del Apóstol San Juan. Fotografía: Francisco Abel Saldaña Martínez.



La piedad popular ha idealizado la belleza de doña Teresa, aquí la vemos en un retrato del S. XX. Óleo: Sor Inmaculada López de Lama O.I.C.

Parece ser que nació en Valladolid en torno a 1450. Hija del Almirante de Castilla, don Alonso Enríquez, pertenecía a uno de los linajes más nobles del reino castellano y su tía, doña Juana Enríquez, era la reina aragonesa madre del Rey Católico. Sin embargo, no fue la fortuna la primera que tocó a su puerta, pues al poco de nacer falleció su madre, doña María de Alvarado y Villagrán. Por este motivo fue criada por su piadosa abuela doña Teresa de Quiñones en el palacio cercano al Monasterio franciscano de Valdescopezo, en la vallisoletana Medina de Rioseco. Su educación, influenciada por el espíritu franciscano de austeridad, caridad y religiosidad, la marcarían fuertemente.

Casó con don Gutierre de Cárdenas y Chacón hacia 1470, con quien tuvo cinco hijos. Su esposo, uno de los más fieles servidores de la reina doña Isabel desde su etapa de princesa, disfrutaba de la intimidad de la Corona y ningún negocio real le resultaba ajeno. El feliz matrimonio siempre permanecerá próximo a la Familia Real, encargándose de importantes asuntos de estado.

Doña Teresa, marcada por la nueva espiritualidad que recorría Castilla a finales del siglo XV, tuvo como centro de su vida a Jesús sacramentado. Llamada la Loca del Sacramento, fundó e impulsó las Cofradías del Santísimo Sacramento, así como las cofradías sacramentales en numerosos lugares de España e Italia. Bendecida esta iniciativa por los Papas, tuvieron un gran éxito y se constituyeron en la mayoría de las parroquias, llegando hasta nuestros días.

Expresión de este amor ardiente a la Eucaristía era en la noble castellana su ejemplar labor caritativa. Fundadora de hospitales, favoreció la educación de los pequeños, la reinserción de las prostitutas y la atención a los mendigos. Debe destacarse su pionera labor asistencial, junto con la Reina Católica, de los hospitales de campaña durante la Guerra de Granada.

Tampoco es menor su labor edilicia, como consecuencia de su afán religioso, caritativo y cultural. En Roma erigió una capilla en la basílica de San Lorenzo in Damaso, otra en la catedral primada de Toledo, la Colegiata del Santísimo Sacramento en Torrijos, innumerables conventos, numerosos hospitales...

En 1503, presentes la reina doña Isabel y el cardenal Cisneros, don Gutierre falleció. Durante sus veintiséis últimos años la virtuosa viuda administró, sin descuidar su imponente labor religiosa y caritativa, el gran patrimonio de su marido. Entre sus heredades no dejó de velar por el señorío de la Taha de Marchena, recibido en agosto de 1494¹¹ y que el papa Alejandro VI había favorecido el 1 de julio de 1500 con el patronato eclesiástico. Al contrario que sus sucesores, nunca consideró este patronato un privilegio económico, sino un serio deber misional en tierras habitadas por mahometanos.

Preocupada por la cristianización de su Señorío, solicitó y obtuvo del papa Julio II bula para fundar el Convento de Santa María de Jesús de Huéjica en 1511. Desde 1492 se había dirigido a los frailes agustinos para llevar a término su proyecto, entregándoles los medios necesarios para tan loable empresa¹². El afán evangelizador y misionero de doña Teresa se efectuaba así en las dotes sabias de los agustinos, estableciendo con el prior, fray Juan de la Torre, que la comunidad estuviese compuesta por seis frailes. No debió resultar una decisión fácil para estos primeros frailes marchar a un ambiente musulmán que pronto se manifestó inhóspito. Conociendo a la fundadora, seguro que escogió con especial cautela a varones santos para iniciar esta aventura misional, aconsejándose por

agustinos con altas responsabilidades en la Orden con quienes mantenía cordiales relaciones. Según parece, logró involucrar en las obras al célebre cronista cortesano fray Antonio de Guevara¹³, que un año antes de la muerte de doña Teresa llegó a su nueva diócesis de Guadix como obispo.

Su ímpetu misionero también la llevó a propiciar una nueva fundación en tierras almerienses, aunque esta vez no de vida activa sino contemplativa y destinada a las féminas. En 1514 envió a la Madre María de San Juan, junto a nueve religiosas, a Almería para fundar el Convento de las Puras que hoy conocemos.

Vale la pena subrayar esta vinculación especial de doña Teresa con estas religiosas de la Orden de las Concepcionistas Franciscanas ya que, si bien fundó cuatro conventos y favoreció la creación de otros, hizo suyo el carisma renovador de santa Beatriz de Silva¹⁴. Introducida por la propia reina doña Isabel en el círculo de la santa portuguesa, que había sido dama de la propia madre de la soberana, asistirá a la fundación de su nueva Orden y conectará rápidamente con su acento eucarístico y mariano. Identificada cada vez más con el espíritu concepcionista, en 1507 obtiene bula para fundar un convento de la Orden en Torrijos y, además, el papa le permitió el uso del hábito y la convivencia en la clausura monacal por su distinguida vocación a la Madre de Dios.

Sin abandonar del todo la Corte, su vida cada vez giró más en torno a esta comunidad concepcionista de Torrijos. La muerte le sobrevino frizando los ochenta años, el 4 de marzo de 1529. Teniendo ya en vida fama de santidad, hubo que aguardar a 2001 para iniciar el proceso diocesano de Beatificación que, en 2002, llegó a Roma y fue aprobado en 2005. Mientras los fieles aguardan su beatificación, no faltan oraciones que se alzan hacia el cuerpo incorrupto de doña Teresa.

Su corazón noble no pudo olvidar su anhelo misional en su Señorío de Marchena y así queda recogido en su testamento del ocho de marzo de 1528 ante el escribano don Diego Pérez de Lequetro. Contando como albacea a fray Francisco de la Tarza, a la sazón provincial agustino, le ruega que permanezca unos meses en su amado Convento de Santa María de Jesús. Igualmente, no duda en dirigirse a los propios frailes huecijeros para animarlos a que: «especialmente trabajen de doctrinar e instruir a los nuevamente convertidos de aquella tierra en las cosas de nuestra santa fe, porque para este fin, principalmente, fundé el dicho monasterio»¹⁵. Tampoco olvidó, muy encarecidamente, pedir a sus sucesores que continuaran velando por la comunidad de Huécija y les entregó una renta perpetua de 50.000 maravedíes.

Sin duda doña Teresa Enríquez es una figura capital para entender la función y origen del Convento que surge como la expresión de la vida de esta magna dama de uno de los períodos más brillantes de nuestra Historia patria y aventurera única en los caminos de la fe.

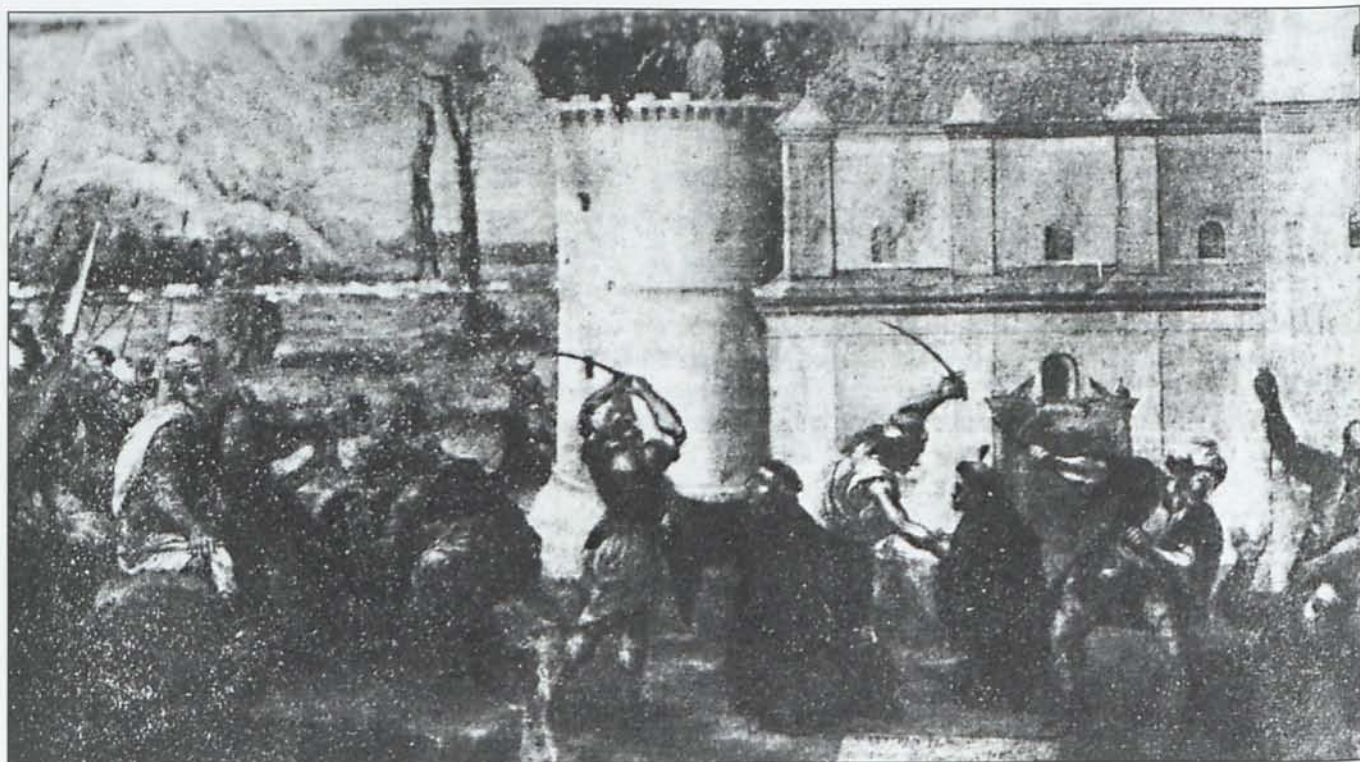
Doña Teresa sin descuidar su imponente labor religiosa y caritativa, no dejó de velar por el señorío de la Taha de Marchena, recibido en agosto de 1494.

LUGAR DE TESTIMONIO: LOS MÁRTIRES DE HUÉCIJA

*«Aclamaban orgullosos
el triunfo los Agarenos,
siendo oprimidos los buenos
con martirios horriblosos;
más vuestros siervos victoriosos
son de Cristo confesores.»*

*(Canónigo Sebastián de Medina y Ordaz,
Gozos a Ntra. Sra. del Martirio)*

Si doña Teresa es la primera joya que esconde este Convento, también es custodiado silenciosamente entre los sillares de su torreón otra historia de vida y, al igual que la primera, injustamente olvidada. Me refiero al cruel martirio que padecieron un considerable número de cristianos en la terrible Rebelión de las Alpujarras en la Navidad de 1568. Si bien no faltaron desde el principio iniciativas diversas para honrar y venerar su memoria, un olvido y abandono inexplicable enturbió un recuerdo que, por la violencia alcanzada, debió grabarse para siempre. Resulta difícil poder establecer con seguridad los datos ciertos de estos sucesos e incluso poder elaborar un listado exacto, como ya reconoce el P. Hitos en su célebre obra¹⁶. Gracias a la aparición de nuevos documentos y al impulso del prolongado proceso de beatificación¹⁷, cada vez podemos conocer más aspectos de estos tristes días que empaparon de sangre una tierra disputada por dos bandos irreconciliables.



Esta fotografía, publicada en el libro del P. Hitos, es el único testimonio del lienzo que representaba a los Mártires de Huécija. Conservado en la Iglesia Parroquial, las llamas sacrílegas acabaron con él en 1936.

Huécija, debido a su importancia como cabeza de la Taha y por ser sede de la comunidad agustina, constituía un objetivo muy concreto para los rebeldes moriscos. El gobernador don Luis Guibaja ordenó a los cristianos refugiarse en el Convento¹⁸, que así también cumplía su función defensiva.

Unánimemente las fuentes cifran en doscientos el número de refugiados en el Convento, junto con los religiosos. En aquellos tiempos la comunidad estaba formada por trece frailes: el prior, fray Pedro de Villegas, natural de Chinchón (Madrid); fray Juan de la Cuadra; fray Alonso del Valle, de Écija (Sevilla); fray Diego Fernández, de Jerez de la Frontera (Cádiz); fray Mateo Galarsa, de Bordoy; el diácono fray Juan de Ardilla, de Badajoz; el subdiácono fray Pedro de Madrid, de Montilla (Córdoba); fray Diego de Torres, de Madrid; fray Gonzalo Vélez, de Sevilla; fray Luis Aguirre, de Tenerife (Canarias); fray Juan Paco, de Fregenal de la Sierra (Badajoz); fray Bartolomé Pantoja, de Aranda de Duero (Burgos) y fray Pedro Monzalve, de Córdoba.

Liderados por el Gorri, los moriscos exigieron la rendición absoluta bajo amenaza de incendiar el monasterio. Inmediatamente, dos de sus capitanes comenzaron a propiciar el fuego, mientras saqueaban las casas de los cristianos y no cejaban de persuadirlos para entregarse y quedar salvos. Confiados, nada más traspasar el umbral monástico, dispararon contra el anciano Pedro de Orozco y prendieron a doña Francisca Guibaja y doña Leonor Benegas. Quedando al descubierto la auténtica intención de los rebeldes, los cristianos se hicieron fuertes en el torreón conventual¹⁹. Tampoco les valió de nada, pues una ingente cantidad de aceite y leña alimentó las llamas que subieron hasta la segunda planta que les servía de refugio. Ahogados por el humo, la desesperación empujó a algunos a descolgarse entregándose a los moros, de los cuales muy pocos consiguieron preservar su vida de la furia mahometana. Los religiosos, junto con el gobernador y otros cristianos, fueron sitiados finalmente en el último de los aposentos del torreón. Aceptando su inmediata muerte, tomaron un Crucifijo para reconfortarse y se animaron recitando la profesión

de la fe, mientras arrodillados suplicaban la misericordia divina con la clara conciencia de ser martirizados por Cristo. Consumidas las vigas por la lumbre, el suelo cedió y los cuerpos ardieron hasta no ser más que ceniza²⁰. Los salvos de las llamas, entre ellos un religioso, no corrieron mejor suerte. La mayoría, antes o después e incluso tras servirse de ellos, sufrieron una muerte muy cruel.

Para celebrar la matanza, trajeron de Terque a los beneficiados Almazán y Cazorra, junto con otros cristianos viejos entre espantosos tormentos. Tomando aparte a los beneficiados, les reprocharon groseramente sus crímenes: enseñar la doctrina católica y decir misa. Golpeándolos brutalmente, ellos clamaron a Dios y a la Virgen hasta ser degollados. No cesó con la muerte el ensañamiento con sus cuerpos. Al cura de Íllar²¹, Sancho Martínez, no pudiendo aguardar los moriscos la hora de su ejecución, lo acuchillaron en su misma prisión. La clamorosa confesión de fe de Pedro de Astorga solo pudieron silenciarla las lanzas, padeciendo igual suerte su hijo, un clérigo de menores²². El alguacil N. Torres parece ser que murió asaetado cuando jugaban con él a la ballesta²³, igual que N. Salmerón.

Conmover resulta el relato de los criados del gobernados, Pedro y N. de la Natividad. Desnudos para placer de los moriscos, se les prometió la libertad a cambio de renegar de su fe, a lo que se negaron con gran energía mientras adoraban la señal de la Santa Cruz que los dedos de sus manos atadas les permitían trazar. Los rebeldes elaboraron dos cruces de madera, las untaron con inmundicias y se las dieron para burlarse de ellos. Sin embargo, los valientes criados las tomaron con mayor unción y las veneraron con una piedad que enardeció las iras musulmanas que, brutalmente, los despeñaron como fin de sus tormentos.

Con menor claridad se puede afirmar que el beneficiado de Alhama pereciera también en Huécija durante esta jornada de sangre. Si Mármol y Carvajal lo considera abrasado en el torreón conventual²⁴, el resto de las fuentes guarda un inquietante silencio. Un manuscrito anónimo²⁵ parece referirse a él cuando habla del beneficiado don Francisco de Luque²⁶, si bien el canónigo López Martín lo llama directamente don Juan Luque en su listado de mártires huécijeros. Aunque sabemos de la seria crisis demográfica de Alhama durante aquellos años, no parece tan raro que continuara existiendo un clérigo encargado de la parroquia, pues Mármol y Carvajal asegura indirectamente que continuaba realizándose algún tipo de culto al referir que fue enviado a Almería un misal roto de Alhama como prueba de la Rebelión²⁷.

Si el beneficiado alhameño murió en Huécija, sus restos mortales acabaron junto a los de sus numerosos compañeros, arrojados en la almazara conventual donde hoy se levantan las conocidas como Casas Nuevas²⁸. Tiempo después buena parte de los restos los trasladó don Lope de Figueroa a la Capilla de don Fernando Barradas en el Convento de San Francisco de Guadix²⁹, sin que hayan sido hallados hasta el momento a pesar de distintas búsquedas³⁰.

Unánimemente las fuentes cifran en doscientos el número de refugiados en el Convento, junto con los religiosos.



La imagen de Ntra. Sra. del Martirio Coronada, profanada por los moriscos y aparecida milagrosamente, es la reliquia más preciada de los Mártires de la Alpujarra. Fotografía: Francisco Abel Saldaña Martínez.

Si el beneficiado alhameño murió en Huécija, sus restos mortales acabaron junto a los de sus numerosos compañeros, arrojados en la almazara conventual donde hoy se levantan las conocidas como Casas Nuevas.

LUGAR DE TRAGEDIA: DESTRUCCIÓN Y SANGRE

*«Las calzadas de Sión están de luto,
ya nadie viene a las solemnidades.
Todas sus puertas desoladas,
sus sacerdotes gimiendo,
afligidas sus doncellas
¡y ella misma es amargura!»*

(Lamentaciones 1, 4)

Más general que los pequeños detalles, que tanto cuesta espigar en la adormecida memoria del pueblo, es palpable el dolor y la rabia de los lugareños por la trágica historia y el abandono que ha sufrido el Convento a lo largo del tiempo.

Como las cuentas de un rosario, una serie de fatalidades³¹ se concatenan unas a otras hasta resultar una historia realmente triste, donde todo queda truncado. Apenas fundando, el enérgico terremoto del 22 de septiembre de 1522 solo dejó en pie el torreón y la fachada sur de la Capilla. Cuarenta y seis años después, la Rebelión de 1568 hizo que perdiese todo su patrimonio y las vidas de sus moradores. Tras una difícil recuperación, que supuso partir totalmente de nuevo, disfrutó de una época más tranquila. Señal de la bonanza supuso el encargo, por parte del prior fray Pedro de la Fuente, de una nueva Capilla conventual y su retablo correspondiente en 1723. El granadino arquitecto Simón López de Rojas trazó el templo que hoy conocemos, siendo ejecutado por el albañil Antonio Tortosa, teniendo como cantero a Juan Castillo y a Manuel Ramos como aparejador. Consagrada con gran pompa y como signo de prosperidad y futuro, en realidad fue el canto del cisne.

En 1808 las tropas francesas se encargaron de saquearlo y, aunque el 24 de junio de 1814 el Estado restituyó los bienes a los frailes, sus días estaban contados. La desamortización de 1835 expulsó a los ocho frailes profesos³² que habitaban el Convento, habían puesto final a más de trescientos años de presencia agustina. Subastado y parcelado el edificio conventual, con el archivo y patrimonio que custodiaba, sólo quedó salva la Capilla por ser entregada al Arzobispado de Granada. A pesar de todo, podemos afirmar, como veremos después, que ciertos documentos y enseres fueron entregados a la Parroquia. Desde ese momento, el párroco de Huécija se convirtió en el responsable de la Capilla. En virtud de la nueva situación, el párroco don José Carrascosa Ruiz, con el generoso mecenazgo de don José Cortés Salmerón, levantó el actual campanario sobre el torreón conventual en 1881.

Las penalidades que había sufrido el Convento durante el siglo XIX no finalizarían con la llegada del siguiente siglo. Además de continuar el ininterrumpido abandono que siguió a la extinción de la vida religiosa, anticuarios y coleccionistas acecharon para negociar con los restos del maltratado patrimonio. Por fortuna, el 16 de mayo de 1913 fue nombrado párroco de Huécija y encargado de Alicún un sacerdote que, además de su ejemplar desempeño pastoral, manifestó un celo admirable por el Convento: el siervo de Dios don Luis Almécija Lázaro³³.

Don Luis patrocinó la preservación y conocimiento del patrimonio religioso parroquial y conventual de Huécija, nada despreciable en aquél tiempo³⁴. Aunque su caridad para con los necesitados era proverbial, no dudó en rechazar enérgicamente las suculentas ofertas de un anticuario francés que, sólo por dos lienzos, le ofreció unas



Servo de Dios D. Luis Almécija Lázaro (Íllar, 1883 - Rágol, 1936)
Párroco mártir de Huécija y encargado de Alicún. Fotografía:
gentileza de las sobrinas del Servo de Dios.

veinticinco mil pesetas de entonces. Temiendo que algún otro anticuario desvalijara lo poco que quedaba, llevó a su casa la documentación que aún quedaba del Convento, especialmente un libro. Como declaró en el proceso de beatificación un testigo ocular: «amaba mucho la casa del Señor y le dedicaba toda su vida».

Tras veintitrés años de cuidadosa conservación por el párroco Almécija, el fatídico año de 1936 trajo una destrucción solo comparable a la de 1568, con semejantes escenas de odio, fuego y sangre. Como se sabe, las particulares condiciones políticas de nuestra provincia se tradujeron en una cruenta persecución eclesial de proporciones asoladoras. Los Comités Rojos locales, auténticos dueños de la situación, fueron los verdaderos protagonistas de este derramamiento de sangre y destrucción. El de Huécija votó la expulsión de don Luis a primeros de agosto y éste marchó a su Íllar natal para buscar refugio en casa de su hermana.

Su forzoso exilio no quebró su vinculación con la Capilla del Convento por la que había velado tanto, como manifestó una singular anécdota. A los diez días de su expulsión, lo visitó una pobre viuda huecijera con sus tres hijos. Desde su viudez, que la había dejado totalmente desamparada, don Luis no había cesado un solo día de cuidar de ellos como un padre, entregándoles parte de sus ingresos. Al encontrarse, tras las lágrimas por las circunstancias de la entrevista, la primera pregunta del párroco fue por la suerte de su Convento. La viuda le contestó que, cuando ella abandonó Huécija,

permanecía seguro con las puertas cerradas. Don Luis replicó: «Hay gente dentro pues estoy sintiendo los golpes en mi corazón, están rompiendo el altar mayor». En efecto, aquél mismo día fue destruido con saña lo que no había perecido en el saqueo napoleónico, tampoco corrió mejor suerte la iglesia parroquial³⁵. Un día más tarde, el Comité Rojo de Alhama incendió los restos profanados y saqueó la casa de don Luis, perdiéndose los pocos documentos³⁶ que se conservaban del Convento, especialmente una bellísima ejecutoria de gran mérito artístico. También ardió el cuadro que representaba a los Mártires de la Alpujarra de la villa, trescientos años después volvían a sufrir el fuego por odio a la fe cristiana. Desde entonces solo las ennegrecidas paredes y los amantillados escudos de piedra son el único testimonio tangible de la otrora fundación de doña Teresa.

Tampoco don Luis pudo salvarse del odio. El 19 de agosto, milicianos terqueños, huecijeros y alhameños lo detuvieron salvajemente y encarcelaron en Alhama. Al día siguiente, su familia y el alcalde de su pueblo natal se personaron en el Comité y se les exigió mil pesetas por su liberación. Tras entregarlas, los milicianos alhameños incumplen su palabra y lo encarcelan en Huécija, para pedir otra vez dinero a sus desesperados familiares. En la madrugada del 24 al 25 de agosto fue sacado de su prisión y conducido hasta el Puente de los Calvos, en el término municipal de Rágol. Don Luis tomó un crucifijo, le apremiaron a blasfemar y escupirlo. Él contestó besándolo sosegadamente y en ese mismo instante lo martirizaron. Tenía 53 años. Su muerte fue celebrada con un gran festín por sus asesinos. Otra vez, la sangre empapaba la historia del Convento.



Boda en la Capilla Conventual en 1982, dos años antes de clausurarse el culto. Fotografía: gentileza de Ana María Tébar Vizcaíno.

Superada la guerra fratricida, la penuria económica permitió un mínimo arreglo de la Capilla conventual y obligó al abandono de la destrozada iglesia parroquial. Durante los próximos años sirvió como templo parroquial, lo que no significó una mejora de la fábrica. En ese tiempo terminaron por perderse las últimas estancias conventuales, al expoliarse las maderas de la techumbre. Por fin, con mucho esfuerzo, logró reabrirse el templo parroquial, aunque muy lejos del esplendor artístico perdido para siempre. Este hecho fue el golpe mortífero para la Capilla conventual, cuyo estado obligó a clausurarla para el público en 1984. Más de cuatrocientos años de culto, exceptuando las grandes vicisitudes, quedaban interrumpidos en un futuro incierto que, a día de hoy, transcurre por casi treinta años.

Esperemos que, con el empeño de todos, la presente restauración pueda resarcir el olvido del pasado y proyectar este edificio a nuestro tiempo en fidelidad a la idea fundacional de doña Teresa, en perfecta continuidad con los protagonistas que han configurado la historia vital de una Capilla que va más allá de sus piedras.

1. María José y Adela CASINELLO. Proyecto de Restauración del Convento de los PP. Agustinos, Almería 1990. Constituye uno de los primeros intentos de la deseada restauración.
2. Mons. Adolfo González Montes, Obispo de Almería, declaró públicamente la inenunciabilidad a la propiedad de la Capilla conventual el 14 de junio de 2007 en Huécija.
3. Adolfo GONZÁLEZ MONTES "Homilía en el XXIV Domingo de Tiempo Ordinario. Toma de posesión de los Agustinos Recoletos del Río Andarax", Boletín Oficial del Obispado de Almería nº 7 - 9 julio - septiembre (2009) y Francisco Javier JIMÉNEZ GARCÍA-VILLOSLADA O.A.R. "Nueva comunidad en Almería" Prot. N. 265/2009, Granada 2009.
4. Por iniciativa del Párroco Beltrán Velasco se bendijo solemnemente una nueva imagen de Santa Mónica para la Iglesia Parroquial de San Nicolás de Bari el 11 de julio de 2009.
5. El Santuario original de Regla, en la gaditana Chipiona, acogió desde 1399 un floreciente Monasterio agustino que explica tal vinculación. No obstante, la leyenda de la imagen sagrada se remonta al propio San Agustín de Hipona.
6. Emilio GARCÍA CAMPRA "San Nicolás y la Cristiánización de la Taha de Marchena", El Eco de Alhama nº 18 diciembre (2004) p. 10. En este artículo proporciona estas devociones conventuales, a excepción de la primitiva a Ntra. Sra. de Regla.
7. Archivo Diocesano de Almería. Caja 242, pieza 15 Inventario de la Parroquia de Alhama la Seca, 1867. Además de dejar constancia de la existencia de una imagen del Santo, se cita la memoria fundada por don Francisco López Torres de treinta misas anuales y una lámpara de aceite a nombre de Santo Tomás.
8. José HERNANDO SALVADOR, Historia de Huécija. Hasta "Las Mandas" - Siglo XVII, Almería 1999, p. 49.
9. Los datos biográficos sobre doña Teresa están tomados de: Amaya FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Teresa Enriquez, Madrid 2001 y Sor Inmaculada LÓPEZ DE LAMA, Biografía compendiada de la Sierva de Dios Teresa Enriquez, Tomos 2009.
10. Jesús María RUÍZ - AYÚCAR, "Guñete de Cárdenas" ABC (26 de enero de 2003). Interesante y sintético artículo al iniciarse el V Centenario de la muerte del ilustre prohombre castellano.
11. María Carmen AMATE MARTÍNEZ, Alhama de Almería, perfil de su historia, Alhama de Almería 2007, p. 79.
12. Aunque José Hernando Salvador, en la página 35 de su Historia de Huécija, afirma que se construyó con los bienes hábices de la Mezquita de Almería; doña Teresa confiesa en la cláusula 33 de su testamento que tales bienes hábices se emplearon en las iglesias parroquiales de su Taha de Marchena.
13. Ibidem p. 48. Nombrado obispo de Guadix el 7 de abril de 1528, Carlos I no le permitió marchar a la diócesis occitana hasta un año después.
14. Para conocer a la dulce fundadora portuguesa es imprescindible: ORDEN DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN. Santa Beatriz de Silva. Posito sobre la vida y virtudes (Traducción española) en el XXV Aniversario de su Canonización, Toledo 2001. Una semblanza más sencilla y pia es: Sor Inmaculada LÓPEZ DE LAMA, Santa Beatriz, la bella prisionera, Toledo 2001.
15. ARCHIVO DE LOS DUQUES DE MAQUEDA, Testamento holográfico de doña Teresa Enriquez, otorgado en la villa de Tomijos ante el escribano y notario don Diego Pérez de Lequeillo, cláusula 34.
16. Francisco A. HITOS S. J., Mártires de la Alpujarra en la Rebelión de los Moriscos (1568), Madrid 1935, p. 139.
17. La coronación canónica de Ntra. Sra. del Martirio en Ugijar, el 15 de agosto de 2007, hizo retomar la memoria martinal de Las Alpujarras con diversas iniciativas. Durante la solemne coronación, Mons. Martínez Fernández, Arzobispo de Granada, declaró: «las tres diócesis juntas, la de Granada, Guadix y Almería, están dispuestas a abrir el proceso de beatificación de los mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos. Sé que se intentó después de los martirios, y que después nunca se concluyeron los trabajos iniciales. Y nosotros, con la ayuda del Señor, estamos dispuestos a comenzarlos de nuevo, porque los indicios que a mí me han dado es que hay motivos más que de sobra para la beatificación» Rafael VILCHEZ, "La Virgen del Martirio congrega a miles de personas en su Coronación", El Ideal (17 de agosto de 2007).
18. Diego de ESCALONA, Memorial a la Reyna N. S. cerca las muertes que en odio de la Fe y Religión Christiana dieron los Moriscos revelados a los Christianos viejos (y algunos nuevos) residentes en las Alpujarras deste Reyno de Granada, en el Levantamiento del año 1568, Granada 1671. Edición facsimil publicada por el Instituto de Estudios Almerienses en 1999 con estudio preliminar de Antonio Puertas García. Excepto los datos que aparezcan con otra referencia, el resto sigue este memorial, pp. 52 - 56 vº.
19. Providencialmente las obras del torreón habían finalizado unas décadas antes, bajo el patrocinio de don Bernardino de Cárdenas y Pacheco, segundo duque de Maqueda.
20. A pesar de la dureza del incendio, una leyenda posterior aseguró que un lienzo de la Maternidad divina pudo preservarse milagrosamente, ennegreciéndose la imagen de la Virgen y conservándose claro la del Niño, como recoge: José HERNANDO SALVADOR, Historia de Huécija... pp. 48 y 49.
21. Biblioteca Nacional. Manuscrito nº 6.074. Tal cargo le adjudica el manuscrito.
22. Francisco A. HITOS S. J., Mártires de... p. 107.
23. Justino ANTOLINEZ DE BURGOS, Historia Eclesiástica de Granada. Publicada por la Universidad de Granada en 1996 con estudio preliminar de Manuel Sotomayor S. J. Hace especial hincapié en el fatal destino del algaucal.
24. Luis de MÁRMOL Y CARVAJAL, Historia de la Rebelión y Castigo de los Moriscos del Reino de Granada, Málaga 2004, p. 112.
25. Biblioteca Nacional. Manuscrito nº 6.074.
26. Juan LÓPEZ MARTÍN, La Iglesia en Almería y sus Obispos, Almería 1999, Tomo I p. 257.
27. Luis de MÁRMOL Y CARVAJAL, Historia de la Rebelión... p. 117.
28. José HERNANDO SALVADOR, Historia de Huécija... p. 69.
29. Diego de ESCALONA, Memorial a la Reyna... p. 56 vº.
30. Francisco A. HITOS S. J., Mártires de... p. 77.
31. José HERNANDO SALVADOR, Historia de Huécija... pp. 51-53.
32. Mario J. NAVARRO GODOY, Consecuencias sociales y económicas de la desamortización almeriense, Almería 1984, p. 125.
33. A excepción de que señalemos otra fuente, todos los datos sobre el párroco Almería están tomados de: Alfredo GALLEGU FÁBREGA, Beatificationis seu Declarationis Martyri servorum Dei Iosephi Alvarez Benavides de la Torre, capituli Cathedralis Decani et CXVI sociorum in odium fidei, ut fertur, interfectionum (1936 - 1938), Almería 2002, Volumen I: pp. 330-332 y Volumen II: pp. 955-965.
34. Joaquín Santisteban, "Expedición científica y arqueológica a siete pueblos, Huécija (monumental)", La Crónica Meridional (16 de octubre de 1930) interesante artículo rescatado por José Hernando Salvador que nos permite conocer el estado patrimonial seis años antes de su destrucción.
35. José HERNANDO SALVADOR, Historia de Huécija... p. 42.
36. Ibidem.